

narrativa del siglo XX
en lengua castellana

Manuel **Vázquez**
Montalbán

TRES NOVELAS EJEMPLARES


ESPASA

MANUEL VÁZQUEZ-MONTALBÁN

**TRES NOVELAS
EJEMPLARES**

1.* edición: junio, 1982

La presente edición es propiedad de Editorial Bru-
guera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

© Manuel Vázquez Montalbán - 1982 Diseño de cu-
bierta: Neslé Souléry

Printed in Spain

ISBN 84-02-08910-0 / Depósito legal: B. 18.441 -
1982 Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Brugue-
ra, S. A. Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Va-
llés (Barcelona) - 1982

Nota del autor

Recordando a Dardé fue la primera de mis novelas que decidí publicar. La acabé en 1965 y no fue editada hasta 1969: cuando no había problemas de censura había problemas empresariales. Novela *ejemplar* donde las haya, porque reinstaura la política ficción en la novela española, modelo narrativo que había sido excelentemente cultivado por algunos novelistas de la República e incluso ensayado por el Baroja de los años treinta.

Happy End apareció en 1974 y es *ejemplar*, porque la escribí voluntariamente, en contra de la tendencia dominante entonces y ahora, en la narrativa española, de que los personajes tarden cincuenta folios en subir una escalera. Traté de probar que en una pequeña novela de cincuenta folios cabían todos los argumentos del cine y la historia épica que más me afectaban.

La vida privada del doctor Betriu es una novela ejemplarmente corta e inédita.

Agradezco a Carlos Barral la prueba de confianza o de escepticismo cultural que me dio al publicar mi primera novela. A Vargas Llosa, los elogios públicos, privados e incluso escritos que ha dedicado a *Happy End*. Y a R. L. Stevenson el que hubiera escrito *El doctor Jeckyll y mister Hyde*, ya que, sin este precedente. *La vida privada del doctor Betriu* hubiera sido mucho más larga.

Recordando a Dardé

Primera Parte

El árbol de la vida, el árbol de la ciencia

*Entre holocaustos de siempre-
vivas, feroces los recuerdos de muer-
tos*

que sólo yo recuerdo

y al cabo

ríos antiguos a mares

de acetileno, oleoductos

de guerras frías, acacias

*de cartón piedra, exportacio-
nes*

de vírgenes a Australia

sólo

las viejas ruinas lo dicen todo

y no dicen nada

al cibernético

le sobran los tirabuzones, el vuelo

del organdí

las lágrimas, los recuerdos.

—J. W. Dardé —repitió el hombre.

La hija de Can Tusquets rompió la punta del lápiz al escribir la uve doble sobre la página grisácea y rayada de un cuaderno escolar.

—Las naranjas, el bacalao, el jamón.

Humedeció la punta del lápiz de tinta con la lengua y se lamó después un dedo para ver si le había quedado sucia. J. W. Dardé o el profesor Dardé, tal como se había presentado, dobló las rodillas hasta apoyarlas en el mostrador y recuperó la posición vertical y firme, como movido por un resorte. Unos minutos después, le vimos subir al jeep y doblar la esquina para coger la carretera de Olot. Un cuarto de hora más tarde, el sargento de la Guardia Civil, el herrero, dos ex alcaldes, el alcalde y el propietario del cine, parlamentaban alrededor de una de las mesas de mármol del café.

—Nunca le he visto.

—¿No será pariente de aquellos veraneantes que estudiaban en la Universidad?

—Al menos nunca vino con ellos.

—Doble uve...

—No será español.

—Pero Dardé... parece un apellido catalán.

—Bien catalán. Debe venir de Darder: el que tira dardos.

El forastero había llegado con una zamarra de ante y pantalones de pana ancha y marrón. Llevaba botas de excursionista y ha-

bía algo de montañero en su cara aquilina y atezada, incluso en sus andares y en el movimiento de sus brazos.

—Debe ser un botánico. Yo conocí antes de la guerra a uno. Daba muchas caminatas por Camprodón. Buscaba hierbas. Se dice que no hay hierbas como las de Camprodón y Set Casas.

—Toda Cataluña es muy rica en hierbas medicinales.

—Pero son mejores las de zonas más secas..., más abajo de la «plana de Vic».

—La Garriga, Aiguafreda.

—¿Y los alrededores del Montseny? ¿Y los alrededores del Montseny?

Atardecía y volvían, lentas, sobre sus bicicletas, algunas muchachas veraneantes. Subían del río o regresaban de Camprodón, o simplemente daban tediosas vueltas al pueblo envueltas en olores a río y a mosquito, a porquerizas, a serrerías, a tintes, a podridas hojas de haya que tapizaban las laderas de las colinas. Empezó a llover a la hora de costumbre y el veraneante de costumbre repitió como cada tarde:

—Es que estamos en el pre-Pirineo.

Y su mujer le dio un pote de latón y una linterna para que se fuera a buscar caracoles.

La casa de la Señorita se descubría un buen trecho después de haber salido del término del pueblo. Podía divisarse desde el cementerio si uno se atrevía a subir sobre la losa del panteón de los Sirera, patricios en otro tiempo adictos al pueblo y que últimamente lo tenían muy olvidado. La casa de la Señorita era una casona de piedra del río y tejado de pizarra, una masa oscura entre los abetos de la colina, a cuyo alrededor crecían las mejores setas del término municipal. Sobre la losa de los Sirera fueron pasando las alpargatas de todos los niños del pueblo. Algunos aseguraban haber visto al profesor Dardé haciendo gimnasia en el porche de la casa, y otros, más afortunados, le habían visto tocar el violín, al atardecer, generalmente en días de propicias puestas de sol.

—Es un hombre muy culto que ha estudiado en Bélgica, París y Nueva York.

La información del cura desarticuló una maquinación irracionalista urdida en torno al enigmático J. W. Dardé.

—¿Le ha visto usted?

—Le he visto.

—¿Ha hablado con él?

—He hablado con él.

-¿Y qué?

—No os asustéis. No es un moro. Es un cristiano. Tiene sobre su mesilla de noche varios libros de electrónica y el Kempis. ¿Valoráis el detalle? ¿Insisto? La ciencia y la fe. Ahora no es preciso que insista mucho sobre esto, pero antes de la guerra... ¿No eras tú quien decía que si todo el pueblo supiera leer iba a quedar la iglesia sin clientes?

Uno de los ex alcaldes se puso rojo y tartamudeó:

—¿Volvemos al asunto? ¿Otra vez? Yo era muy joven.

—Un masonazo, diría yo.

—Eso no, padre, eso no.

—Un libertario.

—Eso tampoco..., no, padre, no...

—Un separatista.

El ex alcalde miró de reojo al sargento de la Guardia Civil, que fingía no escuchar.

—Agua pasada no mueve molino.

No faltó quien criticara al cura por haber puesto en evidencia una vez más al ex alcalde. La mujer del ex alcalde, una vigorosa

carnicera cincuentona, dejó caer un corazón de ternera sobre sus pies, cuando una denta le puso en antecedentes del ataque que la Iglesia había infligido a su marido.

—¿Otra vez? ¡Señor! ¡Señor!

Y le estuvo esperando en la puerta de la tienda hasta que volvió del café. Un grupo de chiquillos pasó ante la carnicería. Le aseguraron que habían visto salir chispas por la ventana de la casa de la Señorita.

Mosén Cardús pertenecía a esa variedad de cura catalán de origen campesino, vagamente atraído en su juventud por la campaña catalanista de un hogar nacional a base de «la casa y el huercecillo», y que, conmocionado por la visión de milicianos con gorra de hule, había pasado por la experiencia de capellán castrense del bando nacional durante la guerra civil. Después de la guerra su mentalidad y la complejidad física y anímica de su existencia se habían adaptado a la rutina de las parroquias campesinas que había recorrido. Una en el Vallés Oriental y otra en aquellas tierras húmedas del viejo camino de Francia de los romanos, con sus bosques de hayas y robles y las frías aguas del joven Ter. Su existencia de cura rural era un diario combate con la chiquillería de la catequesis, alguna confesión y largos soliloquios sobre la conveniencia de cambiar el campanario o de trasladar el campo de baloncesto a una era próxima al bosque de robles. De vez en cuando se le avinagraba el temple y colaboraba en la guerra fría con alguna que otra puya dirigida desde el púlpito contra el comunismo ateo, puyas que los feligreses escuchaban con cara solícita, mientras por sus mentes revivía una vieja historia de muertes y contrabando, síntesis correcta de la guerra y la posguerra civil.

Cuando mosén Cardús se enteró de que había llegado al pueblo un extraño ser de tipo urbano y que había comprado en Can Tusquets tres bacalaos secos, medio kilo de jamón y otras cantidades poco comunes, se sintió vagamente inquieto. Conocía a todos sus feligreses, practicantes o no, e incluso a los veraneantes, la mayoría seres urbanos dejados de la mano de Dios, importadores del *short* y de los baños en el río con trajes de baño mínimos. Pero aquel forastero era algo completamente nuevo. Acostumbrado al estilo directo, se encaminó una mañana hacia la casa de la Se-

ñorita y sorprendió al profesor Dardé comprobando el empalme eléctrico. El profesor Dardé no le besó la mano, pero le invitó a pasar y el cura no vio nada extraño en aquella vieja cuadra que Dardé había adaptado como sala de estar. Por el resquicio de una puerta entreabierta, mosén Cardús vio extraños armarios metálicos llenos de correajes y pequeñas lucecitas azules en la penumbra. Pero nada preguntó al poco locuaz Dardé, que se limitó a pedirle datos sobre la antigüedad de la iglesia del pueblo.

—Yo antes era un apasionado del románico.

Informó Dardé.

—Antes había gente y tiempo para todo.

El cura removió un montón de discos y se sintió lejanamente aludido por el nombre de Haendel.

—¿Le gusta la música de iglesia?

—La música sacra es una maravilla del espíritu.

Y Dardé le enseñó al cura un disco que aseguró era un fuera de serie. Una grabación especial de unos franciscanos de Jerusalén. El cura supo poco después que Dardé era un físico que había trabajado y estudiado muchos años en Inglaterra y Estados Unidos.

—¿Es usted catalán?

—Mi madre era catalana.

—Es que tiene usted una cara muy catalana. ¿Y cómo está eso de la física por esos mundos de Dios?

Dardé sonrió y no le contestó. Mosén Cardús pretendió informarle sobre el nulo desarrollo de la física en España.

—Aquí, futbolistas, ¿sabe? Futbolistas y mangantes. Y nada más.

Pero como vio que Dardé no parecía halagado, se despidió y se le ofreció para lo que necesitase, incluso si quería que le subiera algo del pueblo. Mosén Cardús se había comprado un Citroen

dos caballos con la pequeña herencia de una tía, viuda sin hijos de un carlista que no había luchado en ninguna guerra carlista, pero que aseguraba poseer un huesecito de Vázquez Mella. El coche había dado mucho que hablar en el pueblo.

Dardé había llegado al pueblo en el momento más propicio de su historia. Por una parte los veraneantes y por otra el peonaje de la reconstrucción de la carretera de Olot, daban vida al comercio, básicamente alimenticio. Pero el hecho fundamental era la esperada apertura del paso fronterizo de Coll d'Ares. El pueblo estaba cortado en dos por la carretera y se presagiaba una abundante cosecha de turistas, consumidores de embutidos de la región, gorros de paja y cerámica. No habían faltado iniciativas empresariales: incluso un fastuoso proyecto de construcción de un hotel con piscina que mosén Cardús boicoteó con todas sus fuerzas. Todo era posible en los años futuros. Subieron los precios de los terrenos marginales de la carretera, y Quimet, un payés sesentón y con arteriosclerosis, vendió su patatal a unos hermanos mecánicos de Gerona que pensaban construir en él una estación de servicio.

Los vientos de renovación habían traído televisores, quince o veinte motocicletas repartidas entre jóvenes artesanos del pueblo y dos coches utilitarios a hijos preclaros, practicantes del pluriempleo y del ahorro. Cinco chiquillos del pueblo se aprestaban a iniciar el ingreso de Bachillerato, y uno había aprobado brillantemente la reválida de cuarto, firmemente asesorado por su padre, un inmigrante murciano, capataz en la fábrica de tintes.

La fábrica de tintes había sido otro acontecimiento. Cada mañana una hilera de muchachas y hombres azules desafiaba la helor y la neblina y se introducía por la puerta metálica de una fábrica funcional. Resucitaban hacia el mediodía, junto a los álamos de la carretera, algunos sentados sobre pilones de troncos puestos a secar, decididamente aferrados a sus tarteras que olían invariablemente a tortilla, tocino y cebolla en vinagre. Las chicas del pueblo habían ganado una pequeña victoria feminista contra sus familias y habían cambiado la esclavitud gratuita de la limpieza y el corte y confección por la esclavitud pagada del trabajo fabril en serie.

Todos estos factores alteraban el ritmo de la vida, incluso un poco las costumbres, inamovibles desde los tiempos de la leyenda

del Mariner hasta la guerra. La leyenda del Mariner figura hoy todavía en todos los libros de rondallas catalanas y cuenta el azaroso viaje de un marino en busca de tierras donde los hombres ignorasen todo cuanto guardara relación con el mar. El marino había visto perecer a su familia en una galerna del litoral catalán y, provisto de un remo, se fue adentrando por el norte de Gerona. Preguntaba a la payesía si sabían qué era lo que llevaba en la mano. Cuando le decían que era un remo se alejaba, triste.

Pero un día llegó al antiquísimo pueblo y preguntó a unos pastores lo de costumbre:

—Parece una pala de horno.

Y allí se quedó el marinero. Nadie sabe si la leyenda responde a una historia real; pero, a media altura de la colina que domina el pueblo, aún se alza la casa pairal de Can Mariner, con regusto de fortaleza medieval y color de masía típica. Pastores, campesinos, carpinteros, el pueblo había vivido así durante siglos y se disputaba con San Juan de las Abadesas si la vaca que había agredido a la esposa de Maragall y que había originado el poema *La vaca gega*, era una vaca del lugar o de San Juan, aunque en la actualidad los eruditos se inclinan por San Juan.

Nada de esto debía saber entonces Dardé, y pese a los años transcurridos y las clarificaciones operadas sobre su figura y su obra, todavía hoy no se sabe con certeza por qué eligió este pueblo para su extraña aventura. Lo cierto es que, pese a lo propicio del momento, Dardé se convirtió en el exclusivo centro de interés, incrementado con motivo de su segunda visita al pueblo: un 27 de julio de 1964.

La chica de Can Tusquets se puso nerviosa. Dardé le devolvió una lata de *foie-gras* sobrante.

—No estoy acostumbrada. Vendemos poco de eso aquí.

Dardé parecía un objeto más puesto a la venta entre aquella confusión mercantil. Bosques de bacalaos de perlina salazón, hinchados jamones, gorros de baño, rollos de papel higiénico con elefantes en celofán, alpargatas de esparto y cintas, barriles llenos de aceitunas y polvo sobre el agua avinagrada, abrillantadores de me-

tales, escobas, raticidas, novelistas del Far West, carteles anunciadores de la actuación de Francisco Heredero en la Fiesta Mayor de Olot, banderines con las cuatro barras de Cataluña y cabezas gorduzuelas de la Virgen de Montserrat, detergentes, bragas de nylon de casi todos los tamaños... y Dardé. El profesor parecía un caro objeto de importación, un lujo exhibido como un indio de cualquier India o un hombre loco de Yorkshire. En nada se parecía a las señoras veraneantes que entraban en la tienda pretextando necesitar latas de espárragos o de pasta de anchoa, ni a las mujeres del pueblo que pedían dos huevos y los dejaban a cuenta. Pero es que tampoco se parecía en nada a los hombres que charlaban en la acera y miraban de reojo hacia la tienda de Can Tusquets.

Dardé vestía la acostumbrada zamarra y el pantalón de pana, pese al calor. Era un ser sin sudor. Parecía recién salido de un baño de agua destilada y su cabello gris cortado casi ajero pinchaba la oscuridad de las bóvedas de la tienda, acolchadas con telarañas y momias de moscas calcificadas. Sus gestos no tenían ninguna relación con la realidad. Hubiera podido decirse de él que no *funcionaba*. Por ejemplo: cogía las papelinas entre un codo y el costado y con la mano correspondiente a aquel lateral se centraba una y otra vez los lentes sobre el hueso de la nariz. Miraba a la hija de Can Tusquets o al anciano Tusquets, que dormía con un ojo abierto y removiéndose inquieto, en un desvencijado sillón de mimbre, con el mismo interés amable con que investigaba el origen de una lata de sardinas o intentaba calibrar la antigüedad y el grado de curación de un jamón. Tampoco respondía al máximo tipo de matización psicológica para el que estaba capacitada la gente del pueblo, es decir, no era un tímido, porque cogía los objetos con una total conciencia de posesión. Para decirlo gráficamente, cuando apretaba el puño sobre una patata, por aquel mero gesto dejaba bien sentado que la patata era suya, aunque, y es preciso indicarlo, tomaba posesión de ella sin pasión y sin afecto.

Tuvo una curiosa intervención a propósito del delantal que lucía la hija de Can Tusquets, un delantal blanquísimo y de apariencia muy tiesa.

—¿Es de pasta?

La voz de Dardé salió insegura tras el prolongado silencio.

—¿Qué?

—Eso que lleva usted puesto, ¿es de pasta?

—No, es tela almidonada.

—¿Almidonada? ¡Qué interesante!

Y se acercó al delantal. Agachó la cabeza y sus lentes se aproximaron al escote de la muchacha. El abuelo Tusquets se removió inquieto, pero ello no impidió que Dardé pasara la yema de un dedo por la pechera. La muchacha dio un saltito hacia atrás y el abuelo, en su intento de ponerse en pie, por poco se cae. Los hombres de la acera dieron un mecánico paso hacia la tienda, y una compradora en espera sintió cómo se le deslizaba inquieta toda la ropa interior.

Dardé se retiró, pero siguió observando ensimismado el delantal.

—Pasta... Metal... Mármol... La apariencia de la materia...

Sonrió a la asombrada muchacha y recalcó con énfasis:

—¡La soledad de la materia!

Aquella tarde llovió y la lluvia en el pueblo era un espectáculo digno de presenciar, parapetado tras los cristales de algún ventanal. Es una lluvia blanca, que trae olores a origen del mundo, a naturaleza total, a primitivo. Se forman ríos por las callejas y regueros torrentosos por cualquier pendiente, larga o corta, y la piedra casi negra de las fachadas reluce sin mucha ostentación y evoca el calor y el silencio de los interiores. Un silencio total se aposenta bajo la lluvia en todo el circo de montañas y sube el color del verde como una efervescencia. Dardé vio caer la lluvia desde la cristalera del bar de la plaza del Centro, y su bonito bolígrafo negro iba anotando cifras y palabras en un bloque de hojas cuadrículadas y tapas de plástico negro. Había pedido un whisky, y Luis, el propietario, consiguió encontrar un Johnny Walker de antes de la guerra, lleno de polvo y mierda de mosca. En la mesa vecina jugaban una partida de subastado el sargento de la Guardia Civil, el maestro, un veterinario que había bajado de Camprodón para echar un vistazo a los